

que ésta le prestaba, lo que se obtenía en otro tiempo por los votos de los ciudadanos. Entonces, dividido el ejército del Senado y del pueblo, se hizo un tercer poder, y dió la victoria á uno de los dos á quienes sostenía, á la democracia con Mario, á los nobles con Sila. César ataca á Roma con las tropas que han vencido en las Galias, y Pompeyo la defiende con los vencedores de Asia, y cuando sale victorioso el primero, toda preeminencia se adquiere desde entonces con las armas; la constitución romana no tiene mas que dos apoyos: la muchedumbre y los soldados.

## CAPITULO XXXIX.

Guerras civiles hasta el imperio.

En Oriente se iba á pelear nuevamente por el imperio del mundo, cual ya lo habían hecho César y Pompeyo. No encontrando Bruto y Casio punto de apoyo en el pueblo romano, se habían retirado á Ancio; entonces, el Senado, con intención de auxiliarles, les confió el cuidado de proveer de viveres á Roma; Bruto fué encargado de enviar los trigos de Asia, Casio los de Sicilia; esto equivalía á suministrarlos un medio de hacerse propicios los gobernadores de las provincias y de reunir naves. Pero opusieronles estorbo los parciales de Octavio y se trasladaron á Grecia. Habiéndose separado Bruto de Porcia, que soportó tambien con varonil valor aquella pesadumbre, desembarcó en Atenas.

Allí sobrevivía algun resto de libertad y de admiración á los tiranicidas, lo cual valió al nuevo Harmodio ser acogido con entusiasmo; erigieronle estatuas, como tambien á Casio. Bruto frecuentó las escuelas de los filósofos, que formaban sus delicias, y al mismo tiempo se granjeó el afecto de la juventud romana que estudiaba en aquella ciudad, especialmente la de Marco Tulio, hijo de Ciceron, que no cesaba de admirar su valor y su odio á la tiranía. En seguida retiró, por su propia autoridad, las tropas de Macedonia, de que Hortensio le cedió generosamente el gobierno; hizo reclutamientos en todas las ciudades de Grecia donde se habían refugiado muchos romanos descontentos; se apoderó de los tributos enviados del Asia, y se apropió en Demetriada de Tesalia las ar-

mas que había reunido allí César para hacer la guerra á los partos. Habiendo sido muerto por sus súbditos el marido de Polemocracia, reina de Tracia, llegó ésta á ponerse en manos de Bruto con sus tesoros y su hijo, á quien tomó bajo su protección aguardando ocasión propicia de restablecerla en el trono. Su ejército se aumentó con numerosos desertores y con los restos del ejército de Pompeyo errantes por la Tesalia; sirvieron para alentarle algunas victorias obtenidas. En una de estas ventajas, Cayo Antonio, hermano del triunviro, fué hecho prisionero; en vez de ordenar Bruto su muerte como Ciceron y la prudencia se lo aconsejaban, le trató honoríficamente. Cuando se apercibió de que trataba de desordenar sus tropas, se contentó con hacer que fuera custodiado á bordo de una nave, y sólo cuando supo la muerte de Ciceron consintió en libertarse de aquel turbulento cautivo. Perdonó todavía con más magnanimidad que á César, á los legionarios sediciosos cuando se hallaba todavía en inminente peligro. A las instancias que se le hacían para llegar á algun acomodo con Octavio, respondía de esta manera: *Arrebaténme todo los dioses antes de quitarme la resolución firme de no otorgar nada al heredero de aquel á quien di muerte; porque no he soportado á su persona, lo que jamás soportaría á mi padre si resucitara, el derecho de tener por tolerancia mia más poder que las leyes y el Senado.*

Envalentonado el Senado con aquellos primeros triunfos, confió á Bruto la Babilonia, la Iliria y la Grecia con el título de procónsul, autorizándole, como tambien á Casio, á hacer uso de los caudales públicos, á requerir la asistencia de las provincias y de los aliados.

En esto Casio había pasado á Asia, donde se encontraba en calidad de gobernador Trebonio, uno de los conjurados, y había ganado algunas tropas enviadas por Dolabela, á quien el pueblo había otorgado la Siria á despecho del Senado. Se adelantó sobre aquella provincia, y engrosándose de continuo sus fuerzas con nuevos adictos, se apoderó de ella fácilmente, pues todavía se hacía allí memoria del prudente valor de que había dado muestras arrancando á los partos el resto del ejército de Craso. Fuertes contribuciones le ponían en disposición de mantener un ejército considerable, y se sirvió

de él para asediar á Dolabela en Laodicea; repellido al principio acabó por salir victorioso y tomó la ciudad (5 de Junio del año 42). Temeroso Dolabela de la ira del vencedor, se dejó matar, así como sus principales oficiales. Casio perdonó á los demas y manifestó sentimiento por los que habían perecido. La ciudad fué entrada á saco y rescatada.

Después de haber huido de Roma estos dos republicanos sin ningun recurso, tenían á su obediencia vastas provincias y veinte legiones, y estaban en el caso de equilibrar el poder de los triumviros. Mostrábanse más fuertes por la circunstancia de haber abandonado su retiro Sexto Pompeyo, declarándose jefe de los piratas, y enseñoreándose con beneplacito del Senado de Sicilia, de Córcega y de la Cerdeña. Hubiera sido la intención de Casio atacar á Egipto, para castigar á Cleopatra que había permanecido fiel á la memoria de César, pero Bruto le escribió que no debían proponerse por objeto la conquista de un imperio, sino destruir á los enemigos de la patria. Invítóle, pues, á que se le incorporara para marchar sobre Italia y para socorrer á los ciudadanos que se hallaban en peligro.

Pero ¿cómo es posible poner término sin crueldad á una revolución por justa que sea? Para subvenir á la subsistencia de su ejército ó para castigar á sus adversarios, envió Casio á que dieran muerte á Ariobarzano, rey de Capadocia, y exigió de este reino contribuciones enormes. Castigó con una multa de 1.500 talentos la infidelidad de la ciudad de Tarsos, y para proporcionárselos tuvo necesidad de vender las propiedades públicas, los ornamentos de los templos, luego los niños, las mujeres, los ancianos, hasta los jóvenes en estado de empuñar las armas. Conmovido al fin á la vista de tantas miserias, perdonó á los habitantes el resto de la suma. Rodas, culpable de haber favorecido á los cesarianos, fué vencida muchas veces y últimamente tomada por Casio. Vanamente le ofreció el título de rey y de protector; su respuesta fué que quería destruir á los reyes y á los tiranos, y no serlo él, y habiendo mandado que se le presentaran cincuenta de los principales ciudadanos, les quitó la vida, envió á otros desterrados y toda la isla fué entregada al saqueo. Dirigióse enseguida

contra Cleopatra; pero habiendo dispersado una tempestad la escuadra de los egipcios, retrocedió camino y obligó á todas las provincias de Asia á pagar anticipadamente los tributos de diez años.

Y sin embargo, el alma generosa de Bruto debía padecer mucho á consecuencia de aquellas crueles necesidades; no sin gemir se resignaba á mostrarse riguroso cuando los soldados obligaban á castigar con la última pena á algun inquieto enemigo. Era para él un suplicio ver como se engendraba una guerra civil con todos sus horrores, de un hecho, que reputaba no solamente como glorioso, sino por justo, y que estaba resuelto á renovar siempre. Constreñido á producir vejaciones, entró en la Licia, que le había negado socorros, asedió á Xanto, donde se habían encerrado los principales moradores del país, después de haber rehusado todos los acomodos posibles, aun cuando se tratara de restituir la libertad sin rescate á sus prisioneros. Aquella ciudad era de las mejores fortificadas y opuso tenaz y heroica resistencia. Cuando penetraron los romanos en su recinto á viva fuerza, resueltos los habitantes á no vivir en la servidumbre, la prendieron fuego, y rechazaron al enemigo que se esforzaba por apagarlo. Vanamente recorría Bruto las calles á caballo gritando que á todos se les salvaría la vida; los xantios degollaron á mujeres, niños y esclavos, y luego se precipitaron ellos mismos en las llamas, acordándose de que sus mayores se habían sepultado bajo las ruinas de su patria, mas bien que ceder á Harpago, sátrapa de Cir, y á Alejandro Magno. Como prometiera Bruto una recompensa á todo el que salvara á un xantio, no arrancó de la muerte más que á algunos esclavos y á mujeres que no tenían esposos que las degollaran.

Esperaba que el ejemplo de Xanto y su benévola conducta le valdrian la amistad de Pátara, á la cual ofrecía hasta restituirle los que habían caído prisioneros durante el sitio. Habiéndosele contestado con una rotunda negativa, empezó á poner en venta á los infelices xantios; pero no sintiéndose con fuerza para condenar á perpétua servidumbre á tan valientes guerreros, les devolvió la libertad. Hizo lo mismo con algunas damas de Pátara de quienes se había apoderado su caballería ligera, y ellas

fueron las que persuadieron á sus conciudadanos á someterse. Avasallada la Siria, entró Bruto en la Jonia; la casualidad hizo que cayera en su poder el retórico Teodoto, que se jactaba de haber tenido gran parte, en calidad de consejero, en el asesinato de Pompeyo, é hizo que le dieran muerte.

En Sardas se incorporó á Casio, y hubo entre ellos algunas desavenencias, por querer Bruto atenerse á los estrictos límites de la justicia, y Casio traspasarlos siempre que lo considerara oportuno, y no fijar la vista en las iniquidades de sus amigos. *El mismo César, decía, no oprimia á nadie, pero era delincuente porque protegía á los opresores. Si fuera lícito faltar á la justicia, valdría más sufrir las iniquidades de los fautores de César que tolerar las de nuestros amigos.*

Con tan apuros sentimientos se hallaba Bruto en presencia de la triste realidad y buscaba contra ella refugio en el estoicismo; pero en su espantada imaginación turbaba el corto reposo de sus noches; se figuraba ver espectros y su mal génio presagiándole desastres. Lleno de aprensiones respecto de su patria, de sus amigos, de su causa; conociendo que había sacrificado desde entonces la humanidad, el agradecimiento y hasta la conciencia, anhelaba el fin de una lucha en que sucumbiera su energía de filósofo y de ciudadano.

Dueños los dos caudillos republicanos de las provincias de Oriente, desde el Olimpo hasta el Eufrates, resolvieron ir á Macedonia al encuentro de Antonio y de Octavio. Entraron allí al frente de ochenta mil hombres de á pié y de dos mil caballos. Después de alentar á sus tropas con arengas, sacrificios y distribuciones de dinero se hallaron cara á cara con el enemigo en las cercanías de Filipos. Con corta diferencia las fuerzas eran iguales por ambas partes. De los dos ejércitos era el más lucido el republicano, por querer Bruto, á ejemplo de César y Sertorio, que el soldado tuviera una brillante armadura, á fin que se interesara en defenderla. La habilidad de los generales, su escuadra dueña del mar, las privaciones á que se veía reducido el ejército de los triunviros, falta de viveres y de socorros que no podían llegarle de Sicilia ni de Asia, parecían presagiar la victoria de los republicanos. No podía escapárseles,

si en conformidad, al parecer, de Casio, hubiesen evitado el combate, porque la escasez hubiera obligado á los triunviros á emprender la retirada. Pero Bruto quería poner término á las prolongadas miserias de los pueblos; no podía soportar que se le acusara de timidez, y temía por otra parte que se le desertaran los soldados. Enarbolóse, pues, la cota de malla de púrpura en los pabellones de los generales, que se aprestaron á la lucha, no tanto con la confianza de vencer como con la resolución desesperada de hombres que conocen un medio de libertarse de la derrota.

Bruto excitó en sus tropas tal entusiasmo, hablándoles de libertad y de la gloria de morir por la patria, que se arrojaron sobre el enemigo con inaudito denuedo y penetraron hasta el campamento de Octavio, cuya litera quedó acribillada de flechas y de javalinas. Hasta se creyó que había muerto; pero la litera estaba vacía, porque siniestros sueños, es decir, su habitual susto, habían apartado de la batalla á aquel Octavio destinado á ganar las victorias más insignes con la más innoble cobardía.

Mientras Bruto llevaba la mejor parte en la refriega, se apresuraba Antonio á reparar con su habilidad distintiva el mal causado por la cobardía de Octavio, y deshizo el ala mandada por Casio, cuyo valor se desplegaba inútilmente. La armonía, que había hecho se volviera propicia la suerte de los cesarianos, distaba mucho de reinar en las filas republicanas, en las que un general ignoraba el paradero del otro, lo cual produjo que Casio contemplara desde lo alto de una colina, donde se había retirado, la matanza de los suyos, y creyéndolo todo perdido se diera muerte. Titinio, enviado por él para informarse de lo que ocurría en el ala mandada por Bruto, volvía rebosando de contento á anunciarle la victoria, cuando la encontró muerto, y de resultas se quitó también la vida. Llegando á su vez Bruto y encontrando solo el cadáver de su colega, lo lloró amargamente y le llamó el último romano.

Octavio y Antonio se esforzaron vanamente por atraer á Bruto á una nueva batalla; habiase convencido, aunque ya tarde, de que la victoria consiste en ganar tiempo. Con efecto, los triunviros tenían su campamento en una lanura pantanosa, inundada por extraordinarias

lluvias, y donde se multiplicaban las enfermedades y se carecía de todo, habiendo sido batida y aniquilada la escuadra que debía llevar viveres el mismo día de la batalla de Filipos. No les quedaba, pues, otro recurso que provocar con incesantes escaramuzas á los soldados de Bruto, que orgullosos con la ventaja que habían alcanzado acusaban á su general de cobardía y de poca confianza en su denuedo. Otros, hallándose en frente de sus antiguos compañeros de armas y de un sobrino de César, que se proclamaba su vengador y les echaba en cara servir á las órdenes del general que le había asesinado, se pasaban al enemigo. Vióse, pues, obligado Bruto á guiarles á la pelea. Solo en el momento de llegar á las manos supo la victoria de la escuadra, alcanzada veinte días antes, sin que hubiera llegado á su noticia; esta era una razón decisiva para obrar en sentido inverso de sus resoluciones; por desgracia retroceder le era imposible.

Debió, pues, combatir á pesar suyo, y contra su voluntad hubo de mandar que fueran degollados muchos prisioneros, tanto esclavos como hombres libres, cuya custodia ocupaba á gran número de soldados; no obstante, dejó en salvo á muchos ciudadanos y libertos romanos, algunos de ellos hasta á escondidas para libertarles de sus oficiales, á quienes tuvo que entregar dos bufones, culpables de haber hecho mofa de Casio. Por último, para conservar su ejército, se vió en la necesidad de prometerle el saqueo de Esparta y de Tesalónica si alcanzaba la victoria; única falta dice Plutarco, que le imprimiera mancilla.

Había, pues, sacrificado hasta la virtud á su causa, y su imaginación alterada por el remordimiento, le hizo ver nuevamente el espectro que le había prometido que tornaría á aparecersele en Filipos, y que le anunció entonces su fin cercano. Otros siniestros presagios llegaron á llenar de susto á su ejército, cuyo denuedo procuraba reanimar de todos modos: *Puesto que habeis querido á todo trance, les decía, aventurar una victoria, que sabiendo esperar teniais segura, no permita vuestro valor que se os escape.*

Argumentos más enérgicos tenían que alegar los triunviros; era la alternativa de perecer por el hierro ó de hambre. Peleóse con todo el encarnizamiento de una guerra civil, y sucum-

bieron los republicanos. Su ejército fué hecho triza; se dejaron matar en su puesto los oficiales superiores, entre otros el hijo de Catón, que redimió con un fin generoso los vergonzosos extravíos de su vida.

Envuelto Bruto por el enemigo debió su salvación solamente al sacrificio de Lucilio Lucinio, que haciendo le tomarán por él, se dejó llevar prisionero por los tracios. En su fuga ganó un valle con corto número de amigos, y satisfecho al contemplar que no le habían abandonado, les exhortó á volver al campamento en la idea de que el caso no era desesperado. Entonces rogó á un esclavo que le diera muerte, pero Straton, muy adicto á su persona, exclamó: *No se diga un día que por falta de amigos ha muerto Bruto á manos de un esclavo;* y le presentó la punta de su espada. Precipitóse á ella Bruto gritando: *¡Oh virtud! Creí que eras realidad y he visto que no eres más que un sueño.*

De este modo juzgaba el estoico de la virtud por el resultado, y no les podía suceder otra cosa á los que no fijaban sus ojos más lejos. Apenas había cumplido treinta y siete años, y se había hecho por querer y admirar por cuantos le habían conocido á causa de su humanidad, de su carácter leal, de su constancia en seguir la virtud y la justicia en todo. Siempre adoptó, no el partido á que le inclinaban su interés ni su afecto, sino el que creyó más justo y útil á la patria. Cicerón declaraba haberse colocado de su parte por su *virtud singular é increíble*, que tan respetable le hacía á los ojos del pueblo. Cuando el dictador fué muerto, no quiso apelar á la elocuencia para que no se creyera que desconfiaba de la bondad de su causa, y sin embargo, figuraba entre los más hábiles oradores. Escribía en latín y en griego con elegante concisión, poco grata á Cicerón, que en cambio era censurado por Bruto como prolijo y falto de lozanía. Era muy versado en las bellas letras, en la historia, y especialmente en la filosofía, sabiendo cuanto era posible saber; esta última añadió nueva energía á su voluntad de hierro.

El turbulento y ambicioso Casio fué el que le arrastró al asesinato de César, si bien por eso no dejó de ser asimismo causa de la guerra civil, seguida de tantos años de desolación y del reinado de hombres viles y crueles, sustituido

al gobierno moderado del generoso dictador. Distamos mucho de admirar á aquellos héroes regicidas, porque sabemos cuánto se compromete la causa de la libertad con elogios sin discernimiento. Sabemos, no obstante, que un hombre debe ser juzgado con arreglo á las ideas de su país y de su tiempo; ahora bien, bajo este punto de vista, César fué el tirano de su patria. La ley de Roma declaraba el asesinato de un usurpador como un acto exento de delito. El Senado aplaudió á los conjurados; Ciceron decia abiertamente que á él habian cooperado todas las personas honradas; que tenía vergüenza de volver á una ciudad que habia abandonado Bruto; decia haberle visto despues del asesinato del dictador, elevado por la conciencia de una accion excelente y bella, no afligido en nada por su suerte, aunque sí mucho por la de su patria.

De modo que el estoicismo no tenía otra censura que dirigir á Bruto, que haber blasfemado en el momento de morir de la virtud, no comprendiendo su verdadera esencia. Pero el partido republicano pudo acusarle, como tambien á Casio, de haber desertado de su puesto en el momento en que todavía estaban completas sus fuerzas, cuando hubieran debido poner en juego todos los resortes para restablecer, en vez de abandonar, la república que creian haberles sido confiada. Hasta los enemigos de Bruto deploraron su muerte. Antonio, que decia que entre los enemigos de César sólo Bruto habia conspirado porque su accion le parecia bella, echó un rico manto sobre su cadáver, le mandó hacer magníficos funerales, y quiso tener por amigo á Lucilo, que se habia entregado por salvarle. Mesala presentó á Octavio el retórico Straton, que habia tendido su espada á Bruto para que se atravesase con ella, diciéndole: *Hé aquí el que ha prestado á mi general el último servicio.* Este mismo Octavio, que en su cobardía habia insultado el cadáver de aquel ante quien poco antes habia vuelto la espalda, viendo posteriormente en Milan la estatua elevada por los cisalpinos á su antiguo gobernador, les alabó por su agradecimiento.

El campo de Bruto proveyó de víveres al ejército de los triumviros, y riquezas para recompensar ampliamente, licenciando á los veteranos que iban insubordinándose. Antonio

condenó á muerte á Hortensio y Varron, ilustres senadores, que aherrojados le echaban en cara su vida mancillada, y le presagiaban un fin afrentoso. Livio Druso, padre de la mujer de Augusto, prefirió suicidarse. Quintilio Varo se vistió con las insignias de todas las dignidades á que habia sido elevado, é hizo que le quitaran la vida sus libertos. Octavio, tan insolente como cobarde, añadía el ultraje al suplicio. A un reo que le pedia á lo ménos sepultura, le dió por respuesta: *De eso cuidarán los buitres;* forzó á un hijo á clavar el puñal en el seno de su padre, y á volverlo en seguida contra sí propio. Así los prisioneros le abrumaban con imprecaciones, y M. Favonio espiraba relegándole al oprobio por su atrocidad infame. Este senador habia respondido á Bruto, que le invitaba á tomar parte en la conspiracion: *Es menor mal la tiranía que una guerra civil;* pero despues del acaecimiento, habia seguido á Bruto, su amigo, sin que volviera á separarse nunca de su lado.

No se podia decir que la guerra civil estuviese terminada, puesto que Sexto Pompeyo reunía en Sicilia á los fugitivos y á los proscriptos. Domicio Ahenobardo y Stacio Marco mandaban las escuadras de Bruto en las costas de Macedonia y de la Jonia; Cayo de Parma arribaba á Asia con otras naves, y habia recibido refuerzos de los rodios. Repartieron, pues, los triumviros las eventualidades de la lucha. Octavio se adelantó contra Sexto, y Antonio se encargó de hacer la guerra en Oriente. Deseoso este teniente de César de disfrutar los aplausos de la Grecia, la atravesó en calidad de triunfador, asistiendo á los juegos y á las discusiones filosóficas, administrando justicia y derramando prodigalidades. Todavía fué más lisonjero el recibimiento que se le hizo en Asia; reyes y reinas le colmaron de regalos y se apresuraron á escoltarle. Se vió recibido en Efeso con la pompa sólo en uso en las fiestas de Baco. Recompensaba cuanto se hacia por agradarle, ya con generosidad, reduciendo las enormes sumas impuestas por Bruto y Casio á ciertos países, con especialidad á Rodas y á Xanto, ya con prodigalidades desatentadas; así, por una comida que le habia parecido exquisita, donó al cocinero la casa de uno de los principales ciudadanos de Magnesia.

Estas demostraciones de alegría suavizaban poco su rigor sanguinario. No mostrándose bastante obedientes á su capricho las legiones de Macedonia, llama á su tienda á trescientos soldados de los más notables y los manda pasar á cuchillo; persigue á los que conspiraron contra César con encarnizamiento; roba á los unos sus riquezas para dárselas á los mímicos y á los aduladores; confisca los bienes de algunos otros como si hubieran muerto; luego, excitado por la sed de oro, convoca en Efeso á los diputados de toda el Asia, y reconviéndoles por haber favorecido á Bruto y á Casio, les intima que paguen inmediatamente el tributo de diez años. Tambien codiciaba las riquezas que el comercio proporcionaba á Palmira; pero los habitantes de esta ciudad se trasladaron con todo lo que poseian más allá del Eufrates; allí, de acuerdo con los sirios y con los habitantes de la Palestina, esquilados por los impuestos, no ménos que los aradios, que habian dado muerte á los exactores romanos, reclamaron la proteccion de los partos, amagando nuevamente á Roma con terribles hostilidades.

Guiados por su rey Pacovo y por Labenio, general romano, enviado cerca de él como embajador por Casio y Bruto, y residente en su córte despues de la jornada de Filipos, pasan los partos el Eufrates y derrotan en campal batalla á Saga, gobernador de Siria. Labieno le persigue en la Cilicia y le da muerte; tala el Asia Menor y se hace dueño de todas las plazas fuertes desde el Helesponto hasta el mar Egeo. Por su parte Pacovo se apodera de la Siria y de la Fenicia, á excepcion de Tiro, única ciudad que opone resistencia.

Despues de la muerte de César se habia adherido Cleopatra á la causa de los triumviros, y habia hecho reconocer por rey de Egipto á Ptolomeo Cesarion, que decia haber tenido de César. Pero como uno de sus generales se hubiera visto en la necesidad de auxiliar á Casio, Antonio á su llegada á Cilicia la hizo comparecer en su presencia para justificarse.

Ella se puso en marcha confiando en los encantos que la habian valido la conquista de César; viósele llegar á Tarso á bordo de una galera ornada con todo el lujo voluptuoso del Oriente. Era dorada la popa, de púrpura las velas, y los argentados remos batian las olas al

són de flautas y de liras. Rodeaban amores y nereidas á la diosa, indolentemente reclinada en medio de una nube de perfumes. El pueblo, que habia acudido para verla á las dos orillas del rio, cantaba: *Es Venus que llega á visitar á Baco.* ¿Podía la seductora reina de Egipto, con las enormes sumas que llevaba, con su hermosura realizada por todos los refinamientos del arte y por un cultivado talento, dudar un instante de ver á Antonio á sus plantas? Desde el momento en que la tuvo delante de sus ojos, se convirtió en esclavo suyo. Lejos de hablarle de acusaciones dirigidas contra ella, no hubo injusticia que dejara de cometer á trueque de darla gusto. Hizo dar muerte á hombres muy considerados para confiscar sus bienes en provecho de aquella á quien amaba; envió soldados á degollar á su hermana Arsinoe, á quien temía, y que vivía sin boato en Asia. Despues la siguió á Egipto, donde pasó el invierno á su lado entre delicias.

Tan astuta como hermosa, juntando la habilidad de Mitridates á la osadía de César, poseia el dón de las lenguas, y su conversacion, llena de insinuantes palabras y de sabrosos chistes, encantaba á los bárbaros maravillados de su sabiduría. Su lujo deslumbraba á los degenerados egipcios, y halagando el amor propio de su feroz romano, á la par que sus inclinaciones á los placeres del amor y de la mesa, le tenía encadenado á su carro. Cada dia se presentaba con nuevas trasformaciones, unas veces de guerrera, otras de cazadora ó de pescadora. Si se apercibia de que para hacer alarde de diestro pescador, hacia Antonio enganchar peces en sus anzuelos, fingia creerle, y luego enviaba nadadores que se los ataran ya cocidos; entonces le hacia delicada burla, y le decia: *Vé á formar ciudades y reinos, tales son tus trabajos; déjanos el cuidado de tender redes á los habitantes de las aguas.* Jugaba y bebía ella en su compañía; le seguía á sus excursiones nocturnas por las calles, divirtiéndose á costa de los transeuntes, mezclándose, sin ser conocida, á los borrachos de las tabernas, y exponiéndose á golpes é injurias para poder desplegar todas sus gracias, haciendo en la córte el relato de sus aventuras. Este género de vida, que los dos amantes llamaban *inimitable*, indignaba á todos los hombres prudentes; pero el pueblo de